

Ligurios, sin que hubiese habido declaracion de guerra de ninguna de las dos partes; diez mil hombres se rindieron á discrecion; el cónsul vendió las personas y los bienes y demolió su ciudad. En el primer momento de indignacion, el Senado decretó que Popilio diera la libertad á los Ligurios, y que los volviera á poner en posesion de todos sus bienes que fuera posible recobrar. El Senadoconsulto terminaba con estas generosas palabras: «Es una gran victoria el vencer al que ataca y no herir al que está en tierra.» Pero estas resoluciones quedaron sin ejecucion por la complicidad del magistrado encargado de informar contra Popilio; tuvo la feliz idea de señalarla para los idus de Marzo, dia en que dejaba sus funciones, y por consiguiente no podia actuar. *Tito Livio* mismo califica de infame esta vergonzosa complicidad (1).

Un historiador latino hace ademas notar otra particularidad de la lucha de los Romanos con los Galos: erigieron trofeo por primera vez en territorio Galo, para eternizar la gloria del vencedor y la vergüenza de los vencidos. La vanidad griega gustaba de esta ostentacion. «Entre los Romanos, dice *Floro*, era cosa inaudita hasta entónces: nunca Roma habia escarnecido con su victoria á las naciones sojuzgadas» (2).

II.

Marsella abrió las puertas de las Galias á los Romanos. Se apoderaron desde luégo de la parte meridional, y la redujeron á provincia; el resto fué conquistado por César. Juzgarémos en otra parte aquel genio humano; al llegar á la conquista sangrienta de las Galias no podemos pasar en silencio las calificaciones de bárbarie que se le han dirigido. *Napoleon* dice «que fué clemente con los suyos en la guerra civil; pero cruel y con frecuencia feroz con los Galos» (3). Un historiador frances, abogando por la causa de sus antepasados, ha censurado todos los actos de crueldad de

(1) «*Ita rogatio de Liguribus arte fallaci elusa est.*» LIV., XLII, 22, 8.

(2) FLOR., III, 2.

(3) NAPOLEON, *Compendio de las guerras de J. César en las Galias.*

que se hizo culpable el general romano, y se ha complacido en ponerlos en oposicion con la tan encomiada humanidad del conquistador (1). Citarémos algunos rasgos de este acto de acusacion.

Los Venetos habian maltratado á sus embajadores; César creyó que debía vengarse de ellos de una manera ruidosa, con el objeto de enseñar á los Bárbaros á respetar en lo sucesivo el derecho de gentes: hizo dar muerte á todo el Senado, y vendió el resto de los habitantes (2). «No se puede ménos de detestar, dice *Napoleon*, la conducta que observó César contra el Senado de Vannes: aquellos pueblos habian dado lugar sin duda á que se les hiciese la guerra, pero no á que se abusase de la victoria de una manera tan atroz.»

Mr. Am. Thierry describe con una elocuente indignacion el asesinato de una nacion entera: «César proclamó que entregaba al primer ocupante las vidas y haciendas de los Eburones; invitó á esta presa á las tribus vecinas, declarando que todo aquel que le ayudara á exterminar aquella raza malvada, enemiga de Roma, sería contado en el número de los amigos del pueblo romano. Se vió correr por todos los rincones de la Bélgica una muchedumbre de malhechores y de gente vagabunda digna de merecer por tales servicios tal amistad» (3). ¿Cuál era, pues, la humanidad de César? «Asoló las tierras de los Biturigos; persiguió durante muchas semanas una poblacion medio muerta de frio, de hambre y de cansancio; acabó por perdonarle la vida; esto es lo que el historiador de esta guerra, *Hirtius*, llama la *clemencia de Cesar*» (4). No fué siempre tan humano. Algunos cientos de Eburones se habian salvado por milagro del exterminio de su raza; al volver á su país habian levantado sus pobres cabañas. César fué allí inmediatamente, quemó las habitaciones, asesinó á los niños y á las mujeres: «Crejó, dice su historiador, que importaba á su honor el no dejar nada en pié sobre aquella tierra entregada á la destruccion» (5). Los Galos se habian insurreccionado; César resolvió

(1) AM. THIERRY, *Historia de los Galos.*

(2) CAES., B. G., III, 8, 9, 16.

(3) IBID., B. G., IV, 34.—THIERRY, *Historia de los Galos*, 2.^a parte, cap. 7.

(4) IBID., B. G., VIII, 3.—THIERRY, 2.^a parte, cap. 9.

(5) IBID., B. G., VIII, 24.

espantarlos con un ejemplo terrible: hizo cortar las manos á todos los que habian tomado las armas. El cruel conquistador les dejó la vida, á fin de que fuesen un testimonio visible de los castigos de Roma: «Su reputacion de clemencia, dice *Hirtius*, estaba demasiado bien asentada para que temiese que este acto de rigor fuera imputado á la crueldad de su carácter» (1).

La guerra de los Galos fué efectivamente una de las más terribles de la antigüedad; parécese casi á una guerra de exterminio. Durante los diez años que duró, César tomó por asalto más de ochocientas ciudades, sometió trescientas naciones, combatió, en muchas batallas campales, contra tres millones de enemigos, de los que mató un millon, é hizo otros tantos prisioneros (2). En Roma misma, en el seno del Senado, se levantó una voz para condenar á César. Había atacado á los Germanos durante una tregua; el Senado decretó sacrificios y fiestas para celebrar su victoria. Tomó entónces Caton la palabra y opinó que César debía ser entregado á los Bárbaros, á fin de alejar de Roma el castigo que merecia la infraccion de la fe jurada y hacer recaer la maldicion sobre su autor (3). No damos una gran importancia á la ocurrencia de Caton: no era al general de mala fe, sino al futuro dueño de la República al que queria entregar á los Bárbaros el rígido estóico. César ha encontrado un defensor en un escritor de raza germánica: *Drumann* (4) ha probado que los Romanos y los Germanos trataban de engañarse los unos á los otros, y que el más hábil alcanzó la victoria.

Las acusaciones de Napoleon y de los historiadores franceses son más graves. A oírlos, la pretendida clemencia de César no sería sino una irrisión. Son estas censuras una prueba clara de los progresos que han hecho los hombres en la via de la humanidad. Bajo el punto de vista de la civilizacion moderna, César es un bárbaro; bajo el punto de vista de la antigüedad, es uno de los ge-

(1) CAES., B. G., VIII, 44.

(2) PLUTARCH., *Caes.*, c. 15.—Los autores antiguos no están de acuerdo acerca de las cifras; el número de ciudades tomadas por asalto varia de trescientas á mil; el de los pueblos vencidos de trescientos á cuatrocientos, etc. (DEUMANN, *Geschichte Roms*, t. III, p. 230).

(3) PLUTARCH., *Caes.*, c. 22; *Caton*, c. 51.—APPIAN., IV, 18.

(4) *Geschichte Roms*, t. III, p. 288-290.

nios más humanos. Deploremos la triste suerte de los pueblos, condenados á atravesar épocas de sangre ántes de llegar al desarrollo pacífico de su destino. Pero aunque reprobemos el derecho de guerra de la Grecia y de Roma, no juzguemos los héroes del mundo antiguo con los sentimientos que el cristianismo nos ha inspirado. César refiere en sus *Comentarios* los actos que se le censuran; no se cuida siquiera de justificar su conducta, y sin embargo, tenía interes en conservar su reputacion de elemento. ¿No es ésta una prueba de que las crueldades que se le atribuyen como crímenes no eran consideradas como tales por los Romanos? A las acusaciones de *Napoleon* opondremos el testimonio de *Plutarco*, que coloca á César por cima de todos los generales de Roma, no sólo por sus hazañas, sino tambien por su dulzura y su humanidad, y este elogio es merecido. Al principio de la guerra de los Galos, César se dejó llevar del sentimiento que le inspiraba la indulgencia. Pero á medida que la lucha iba siendo más séria, el vencedor obedeció á las tristes necesidades del conquistador: hizo dar muerte á los senadores de Vannes para inspirar terror á los Galos. La guerra acaba por ser un combate á muerte. Los Galos, vencidos, se insurreccionaron y recurrieron á la perfidia para exterminar á los Romanos. No debe apreciarse la terrible ejecucion de los Eburones segun las reglas ordinarias de la guerra: fueron las sangrientas represalias de una sorpresa sangrienta (1).

Una vez acabada la conquista, la administracion de César fué benigna y humana. Habíase tratado á las provincias meridionales de la Galia con una dureza excesiva; las confiscaciones, las proscripciones señalaron los triunfos de los generales romanos. César no estableció ni una colonia militar en la *Galia cabelluda*. Dejó á los pueblos sus tierras, sus ciudades, la forma esencial de su gobierno, les impuso solo un tributo, y para no humillar el orgullo de una nacion belicosa, le calificó de *sueldo militar*; eximió de toda carga á ciertas ciudades; en cuanto á los hombres influyentes, en cuanto á las familias nobles y ricas, los colmó de títulos y honores (2).

(1) MOMMSEN, *Römische Geschichte*, t. III, p. 248, 249, 260.

(2) THIERRY, *Historia de los Galos*, 3.^a parte, cap. I.—MICHELET, *Historia de Francia*, lib. I, cap. 2.